

LA CONVERSIÓN DE LOS MORISCOS EN LA *DOCTRINA CHRISTIANA* DE PEDRO RAMIRO DE ALBA

Luis Resines*

«Moro fue mi padre, y Moro quiero yo ser»: en este aforismo condensa el Maestro Jaime Pérez, arcediano de Albarracín, el íntimo convencimiento y la resistencia al cambio de religión por parte de muchos moriscos.

Cuando se nos transmiten ideas, criterios y formas de vivir, todo ser humano se impregna de la educación que recibe, sin resistencia. Salvo casos excepcionales, si está fuera de toda cuestión la bondad de quienes nos los transmiten (padres y abuelos), esa herencia recibida tiene muchas más probabilidades de echar hondas raíces, y de ahí que cambiarla por otra resulta más difícil. Esto es especialmente complejo en el caso de los convencimientos religiosos. Es verdad que se pueden constatar cambios, conversiones; pero no es menos verdad que resulta laborioso trocar unos convencimientos por otros distintos. Cuando esto se produce, la revulsión interna tiene una expresión en la modificación externa de la conducta, por la aceptación de las nuevas formas religiosas.

Sin embargo, no es habitual el cambio de una religión a otra, y menos aún lo es cuando se trata de un cambio impuesto por la presión. En todo creyente sincero, de la religión que sea, existen unos convencimientos íntimos, que son fruto de la educación y la transmisión familiar, junto con la reflexión y búsqueda de razones propias para despejar dudas, asumir certezas y consolidar lo ya sabido. Cuando el creyente forma también parte de un grupo mayoritario, a las razones personales se suman razones sociales de compartir lo que otros muchos piensan y sienten. Esto aparece aún más claro cuando se trata de una persona en quien las razones propias resultan muy flojas, y actúa casi exclusivamente por razones sociales que sostienen su actuación mientras se encuentra en el seno de la mayoría.

Al contrario, cuando se trata de grupos religiosos minoritarios, los vínculos que enlazan a sus integrantes son tan fuertes que difícilmente se resquebraja la unidad. Hay una relación directa, porque cuanto mayor es la presión

* Estudio Teológico Agustiniano (Valladolid).

externa hacia el grupo reducido, es mayor la cohesión interna entre sus miembros. En este caso, las razones sociales pueden llegar a tener más importancia que las motivaciones religiosas personales de cada uno de los individuos. Y si en esas circunstancias se produce algún cambio religioso íntimo y sincero, la persona ha de arrostrar el enfrentamiento de toda la comunidad. En definitiva, es la razón que movía a los moriscos a hacer suya la afirmación «Moro fue mi padre, y Moro quiero yo ser»¹.

A medida que fue avanzando la Reconquista, los reductos musulmanes que quedaban en la península ibérica se compactaban más y más ante la presión a la que se veían sometidos. Cuando se produjo la toma de Granada (1492) quedaron y se mantuvieron dos colectivos que respondían a estas características: moros y judíos. Las capitulaciones de Santa Fe garantizaban a ambos la tolerancia en las vivencias religiosas respectivas. El benemérito arzobispo Hernando de Talavera, profundamente respetuoso, emprendió entre otras tareas conversaciones con alfaquíes y rabinos en orden a dialogar sobre sus criterios religiosos, deseoso de llegar a suscitar conversiones². Su talante comprensivo se ganó el respeto de ambos grupos. Cuando el 31 de marzo de 1492 se decretó la expulsión de los judíos, el diálogo se redujo al colectivo de los musulmanes. Las conversiones que se produjeron fueron sinceras y reflexionadas, aunque fueran escasas en cantidad.

Pero existe documentación que avala que había quienes urgían a los Reyes Católicos para que la conseguida unidad política viera también su culminación en la unidad religiosa, para lo cual recomendaban la expulsión de los musulmanes que no se convirtieran, como se había producido la de los judíos, pensando que con ello se hacía un beneficio a la nación y que no se ocasionaba daño a los que se vieran obligados a exiliarse a Berbería. En cuestión de unos años se relajó lo prometido en las capitulaciones de Santa Fe, con la vista puesta en otro objetivo: la supresión del islam en la nación³. La rebelión del Albaicín en diciembre de 1500 fue el detonante. Los ánimos exaltados de los musulmanes y el recurso a las armas hubieron de ser frenados por Hernando de Talavera, quien, a pecho descubierto y portando una cruz, ofreció su ascendiente para frenar la violencia. Francisco Jiménez de Cisneros, arzobispo de To-

-
1. Más breve aún es la expresión: «mi Padre moro, yo moro», que aparece en otro catecismo para la conversión de los moriscos empleado en Granada, manuscrito, 1566, f. 5r. (L. RESINES, *Catecismo del Sacromonte y Doctrina christiana de Fr. Pedro de Fera. Conversión y evangelización de moriscos e indios*. Madrid, C.S.I.C., 2002). Véase M. GARCÍA-ARENAL, "Mi padre moro, yo moro: The inheritance of Belief in Early Modern Iberia", en M. García-Arenal (ed.), *After conversion: Iberia and the Emergence of Modernity*, Leiden, Brill, 2016, pp. 304-335.
 2. I. IANNUZZI, "Evangelizar asimilando: la labor catequética de Fray Hernando de Talavera hacia los moriscos", *Áreas. Revista de Ciencias Sociales*, 30, 2011, pp. 53-62; Id. "Hernando de Talavera", en *Christian – Muslim Relations. An Annotated Bibliography. Vol. 6: Western Europe (1500-1600)*, Leiden, Brill, 2016, pp. 60-66.
 3. I. POUTRIN, "Los derechos de los vencidos. Las Capitulaciones de Granada (1491)", *Sharq Al-Andalus*, 19, 2008-2010, pp. 11-34; Id., *Convertir les Musulmans. Espagne 1491-1609*, Paris, Presses Universitaires de France, 2009.

ledo, presente en Granada para conseguir resultados más cuantiosos que los que había obtenido Hernando de Talavera, acudió a las medidas de presión y en cinco días se bautizaron precipitadamente 3.000 musulmanes a punta de espada: había surgido los moriscos.

El historiador Luis de Mármol Carvajal transmite unas noticias en las que hace recaer las culpas sobre Hernando de Talavera, por improvisar aquellos bautizos masivos; y sobre los moriscos, por no estar dispuestos a modificar sus conductas:

“Esta conversión hizo el bendito arzobispo de Granada, dándoles el sagrado bautismo sin prevención de catecismo, y sin instruirlos primero en las cosas de la fe, porque acudía tanta multitud de gente a convertirse, y era tan grande la necesidad que había de brevedad, que no daba lugar a poderlos instruir, mas la diligencia y cuidado de los prelados lo habrían suplido si los moriscos quisieran olvidar las ceremonias, trajes y costumbres que tenían juntamente con la secta y se preciarían ser y parecer en todo cristianos, cosa que jamás se pudo acabar con ellos”⁴.

La situación no era exclusiva de la ciudad de Granada, sino que se extendía a la actual provincia, especialmente a Las Alpujarras, a la zona montañosa de Guadix, y desde allí a Murcia y toda la región levantina.

LA SITUACIÓN SE MANTUVO

Un cuarto de siglo después, Carlos V permaneció en Granada durante unos meses. Le hicieron sabedor de la queja por parte de los cristianos viejos de que los moriscos, ya bautizados, continuaban viviendo como si no lo fueran y sus costumbres –civiles: vestido, lengua, comidas... y religiosas: observancia del viernes, ramadán, baños...– permanecían inalterables, lo que hacía sospechar que el bautismo había sido mera apariencia. Carlos V encargó una comisión que examinara el asunto por medio de una visita a los núcleos más notables. Los comisionados fueron Gaspar de Ávalos, obispo de Guadix; el franciscano Antonio de Guevara; el licenciado Utiel; el doctor Quintanar y el canónigo Pedro López. La conclusión a que llegaron y ofrecieron al rey era que resultaba muy conveniente que los moriscos dejaran las costumbres que tenían desde antes de sus bautizos y adoptaran las costumbres de los cristianos viejos. Por tal motivo, Carlos V convocó una junta que se celebró en la Capilla real de Granada, a finales de 1526, a la que asistieron Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla; Juan Tavera, arzobispo de Santiago; Pedro Ramiro de Alba, arzobispo electo de Granada que aún no había sido ordenado, a la espera de las bulas pontificias⁵; Gas-

4. L. DEL MÁRMOL CARVAJAL, *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del Reyno de Granada*... (Málaga, Juan René, 1600); Estudio, edición y notas de Javier Castillo Fernández, Granada, Universidad de Granada, Tres Fronteras Ediciones, Diputación de Granada, 2015, p. 97.

5. Recibió el episcopado el 19 de diciembre del mismo 1526, en Granada.

par de Ávalos, obispo de Guadix y Antonio de Guevara, dos de los que habían participado en la visita previa a los moriscos; Fernando de Valdés, a la sazón obispo de Oviedo, presidente del Consejo Real de Castilla y miembro de la Inquisición, de la que llegaría a ser Inquisidor General en 1546; el doctor Lorenzo Galíndez de Carvajal, que había sido profesor de Derecho canónico en Salamanca; y el comendador Francisco de los Cobos⁶.

Resultado de tal reunión fueron una serie de disposiciones con las que se tomaban medidas coercitivas para que los moriscos modificaran sus costumbres, tal como se venía recomendando. Anteriormente la reina Juana de Castilla había promulgado una serie de normas que iban en la misma dirección, para que se ejecutasen en el término de seis años, que se prorrogaron otros diez más. El mismo Carlos V había exigido en 1518 la puesta en vigor de tales normas, pero pronto cedió a las súplicas de la comunidad morisca, estimulado por la suma de dinero que entregaron a cambio del favor real. En esta ocasión (1526) existía por parte de los moriscos el mismo convencimiento de que sería factible una negociación que suavizara los términos estrictos⁷.

Además, en la Junta de la Capilla real, Carlos V tomó la decisión de que se hiciera un catecismo específico que pudiera ser empleado para impulsar la conversión sincera de los moriscos. El encargo recayó en Pedro Ramiro de Alba, arzobispo electo de Granada. El mismo rey que le había oído predicar durante su estancia en Granada le había propuesto, en función del Patronato Regio, como nuevo arzobispo, ya que su predecesor, Pedro Portocarrero había fallecido el 5 de junio de ese mismo año. Todavía no ordenado, Pedro Ramiro asumió la tarea tanto por la obediencia al rey como por responder a las demandas de los asistentes a la Junta. No es tampoco ajeno el convencimiento personal que el mismo Pedro Ramiro tenía respecto al comportamiento de los moriscos.

Pedro Ramiro de Alba, nacido en Alba de Tormes hacia 1480, fue educado a la vera de Hernando de Talavera, cuando este era ya arzobispo de Granada. Parece que fue enviado por él a estudiar cánones, quizá a Salamanca, y, de retorno a Granada, ocupó diversos ministerios una vez ordenado sacerdote. Deceoso de seguir el ejemplo de su mentor, ingresó en la orden jerónima en torno al año 1505. En 1510 fue elegido prior y fue reelegido en varias ocasiones sucesivas, lo que le situó en ese cargo desde 1510 hasta 1525 o 1526. Por entonces le oyó predicar Carlos V, quien le propuso para cubrir la vacante del falle-

6. A. GALLEGO y A. GAMIR, *Los moriscos del Reino de Granada según el Sínodo de Guadix de 1554*, Granada, Universidad de Granada, 1996 (ed. facsímil).

7. M. BARRIOS AGUILERA, "Los moriscos granadinos. Entre la evangelización pacífica y la represión", en J. L. CASTELLANO y F. SÁNCHEZ MONTES (eds.), *Carlos V. Europeísmo y Universalidad. Población, economía y sociedad*, Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, pp. 14-44. R. BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO, "La política de Carlos V hacia los moriscos granadinos", en *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*, Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001, vol. I, pp. 415-416.

cido arzobispo de Granada. Ordenado obispo el 19 de diciembre de 1526, rigió la sede hasta su muerte producida en 21 de junio de 1528. Era hombre bien dotado intelectualmente; ejemplar en su conducta, exigente consigo mismo y respetuoso con quienes estuvieron a su alrededor⁸.

A lo largo del año siguiente, 1527, o en la primera mitad de 1528, Pedro Ramiro redactó y completó su *Doctrina Christiana*. Se desconoce el título exacto, pues el indicado es una aproximación bastante fiable; igualmente se desconoce con absoluta certeza en cuál de los dos años indicados estaba lista la obra. Tampoco se puede afirmar taxativamente si la obra llegó a ser impresa, si bien todas las posibilidades lo indican: se trataba de una labor urgente, avalada por el rey y por los asistentes a la Junta referida.

Era obra que iba más lejos que la *Breve doctrina y enseñanza*... que había hecho imprimir en Granada su primer arzobispo, Hernando de Talavera; este estimó su *Breve doctrina* como un valioso instrumento, que podría ser empleado en Granada con provecho⁹. También iba más lejos que el catecismo escrito por Pedro de Alcalá, *Arte para ligeramente sauer la lengua arauiga*, Granada, 1505, puesto que incorporaba textos impresos en árabe, aunque se reducía a un aprendizaje para la pura repetición de memoria de una cartilla, con un confesionario, y tres formularios de misas en árabe, pero sin razones que apuntaran a la adquisición de un nuevo convencimiento religioso¹⁰.

Si la *Doctrina Christiana* de Pedro Ramiro se imprimió, como es prácticamente seguro, pronto empezaría a utilizarse para Granada y para todo el territorio limítrofe, donde se había detectado con mayor urgencia la situación conflictiva con los moriscos. Sin embargo, no hay forma de corroborar hasta donde llegó su empleo y su implantación real. Suele ser frecuente que el catecismo elaborado por un obispo tenga vigencia durante el tiempo de su vida y resulte ceñida al territorio de su diócesis. Si esto se hubiera cumplido así, habría que reducir su influencia a la diócesis de Granada (quizá incluyendo el territorio de la afín de Guadix), y por espacio de poco más de un año, ya que Ramiro falleció el 21 de junio de 1528. Ahora bien, en esta ocasión, el impulso originado en la Junta de la Capilla real pudo haber prolongado y extendido su influencia.

-
8. J. DE SIGÜENZA, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, Madrid, 1600, p. III, l. II, c. XXXIX (Ed. de Rivadeneyra, Madrid, Bailly / Baillié e Hijos, 1907, v. II, pp. 333-337). I. DE MADRID, "Pedro Ramírez de Alba", en *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, vol. III; Madrid, CSIC, 1972, pp. 2045-2046.
 9. L. RESINES, *La "Breve Doctrina" de Hernando de Talavera*, Granada, Arzobispado de Granada, 1993. Es prácticamente seguro que esta *Doctrina* la había compuesto Talavera en el tiempo en que ocupó la sede de Ávila, y que valoró como instrumento útil que hizo imprimir de nuevo en Granada. En la misma, salvo una frase breve, todo cuanto presenta tiene como destinatarios a los cristianos viejos, y nada hace pensar en los nuevos convertidos.
 10. L. RESINES, *La catequesis en España. Historia y textos*, Madrid, BAC, 1997, pp. 173-268; M.J. FRAMINÁN DE MIGUEL, "Manuales para el adoctrinamiento de neoconvertidos en el siglo XVI", *Criticon*, 93, 2005, pp. 25-37.

Hay testimonios de que años después los obispos Martín Pérez de Ayala en Guadix (1554) y Pedro Guerrero en Granada (1565) recordaban y urgían las disposiciones adoptadas en la Capilla real en los sínodos que ambos celebraron en sus sedes, aunque no se encuentren en los mismos noticias de que hubiera que emplearse la *Doctrina* escrita por Pedro Ramiro como texto obligatorio, a pesar de los términos un tanto perentorios con que Carlos V se dirigió a Pedro Ramiro¹¹. Es fácil apreciar que dejaba la puerta abierta a que cada obispo en su diócesis tomara las decisiones oportunas, para dejar a salvo las prescripciones canónicas sobre la autonomía episcopal. Lo cual se puede traducir en una cierta vigencia más limitada de lo que se podría suponer para todo el territorio en que los moriscos constituían un asunto no resuelto.

Es posible que la implantación de la *Doctrina* de Pedro Ramiro no fuera tan exigente, ya que se produjo una nueva relajación, pues el propio Carlos V había asumido que transcurriera una moratoria a las exigencias que se habían planteado en Granada; las entregas de cuantiosas sumas de dinero producían su efecto y, de nuevo, los moriscos, tras algunos años de verse más presionados, volvían a recobrar la forma habitual de actuar, para desesperación de los cristianos viejos.

En ese tira y afloja hubieron de pasar los años, y cuando en 1560 reinaba ya Felipe II volvió a resurgir el problema y de nuevo los procuradores, en las Cortes de Toledo, urgieron para que los moriscos abandonaran sus costumbres civiles y religiosas y se plegaran a los usos de la mayoría de los cristianos viejos. Los moriscos confiaron en que, como en otras ocasiones anteriores, pudiera haber relajación en las exigencias y demora en los plazos; pero no fue así. Felipe II confirmó la cédula de Carlos V y exigió su cumplimiento.

Muchos moriscos en conjunto, cada comunidad local en particular, percibieron que las cosas habían cambiado notablemente, y que incluso aquellos que no estaban dispuestos a plegarse por la fuerza de los decretos y se declaraban en rebeldía eran perseguidos por cuadrillas destinadas al efecto, que no siempre eran respetuosas con aquellos a los que conseguían capturar. En 1566, otra nueva junta celebrada en Madrid añadió algunas otras disposiciones de nuevo cuño que se sumaban a las ya vigentes. Incluso se produjo alguna recomendación de que en lugar de que se aplicaran a los moriscos todas las disposiciones en bloque, se fuera haciendo progresivamente, para que, habituados a plegarse a las nuevas exigencias, resultara más sencilla una acomodación

11. "Asimismo encargamos a vos, el dicho electo, e a los otros prelados de este reino que cada uno en su diócesi hagáis una instrucción general de un tenor, por donde sean enseñados en las cosas de la fe los dichos nuevamente convertidos. E póngase en ello todo lo que han de creer e saber, e lo que han de hacer como cristianos, e las cosas que no han de hacer porque son ritos y ceremonias de moros; e así ordenada, e acordado con los inquisidores e otras personas de letras, se imprima de molde, y por esta doctrina los predicadores e personas que los han de enseñar, los doctrinen a todos", de la "Instrucción dada a fray Pedro de Alba, electo arzobispo de Granada, para el cumplimiento de lo acordado en cuento a la reforma de los nuevamente convertidos y del clero", 10 diciembre 1526, en GALLEGO y GAMIR, *op. cit.*, p. 212.

gradual “por estar los moros muy casados con sus costumbres [y porque sentirían menos] que se las fueran quitando poco a poco”; pero la recomendación no prosperó y el celoso e intolerante Diego de Espinosa, presidente del Consejo de Castilla, convenció al rey para que se aplicaran en conjunto y sin dilación. Ante tal situación, los ánimos se fueron caldeando y la situación que había sido consentida, aunque mal vista por parte de los cristianos viejos, derivó en un ambiente tenso que día a día se iba enrareciendo.

LA REUNIÓN DE OBISPOS EN VALENCIA

En tan difíciles circunstancias, en los meses que medían entre abril de 1567 y febrero de 1568 tuvo lugar una reunión de obispos en Valencia; asistieron Fernando de Loaces, arzobispo de Valencia; Juan de Muñatones, que regentaba la diócesis de Segorbe; Martín de Córdoba, titular de la sede de Tortosa y Gregorio Gallo, de la de Orihuela. En la misma acordaron, desde su visión pastoral¹², una serie de medidas tendentes a incentivar la conversión sincera y real de los moriscos, bautizados, sin duda, pero no cristianos de corazón, apegados a sus usos y costumbres, y sobre todo a sus creencias previas al bautismo.

Tal asamblea tomó nota de cuanto pudiera conducir a la conversión real y no imaginaria de los numerosos moriscos residentes en los territorios señalados. Y, en consecuencia, echaron mano de una serie de materiales ya existentes que pensaron podrían ser de gran utilidad; además, redactaron unas *Constituciones* destinadas directamente a que fueran cumplidas por los moriscos y unas *Ordenaciones* para que los curas y los alguaciles no se eximieran, con actitud relajada, de velar porque la población morisca cumpliera lo establecido.

Muy probablemente, Jaime Pérez, vicario general del obispado de Segorbe y Albarracín, arcediano de esta última localidad, actuó de secretario de esta asamblea episcopal y fue el encargado de recopilar las obras que integran el volumen en que quedaron plasmadas las conclusiones a las que llegaron. Resulta ilustrativo detenerse un momento en la dedicatoria que redactó Pérez ofreciendo la obra a su obispo, Juan de Muñatones. En tal dedicatoria, el párrafo que transcribo refleja a la perfección el clima tenso y los esfuerzos que se estaban haciendo a la desesperada para conseguir la conversión de quienes habían vivido durante casi un siglo bajo la apariencia de cristianos, pero practicando un islam clandestino, del que todos eran sabedores. No era la situación de tolerancia y respeto hacia quienes sentían de otra forma, sino la falsa postura de

12. Señalo la visión pastoral de los reunidos, pero no es menos cierto que estaba presente el motivo político, pues de hecho ambas demandas caminaban juntas. Confirma esto el que además del Licenciado Miranda, comisario general de la Inquisición, asistiera Antonio Alfonso Pimentel, «Visorrey y Capitán General de su Magestad del reyno de Valencia». Véase R. BERNÉZ SÁNCHEZ-BLANCO, *Heroicas decisiones. La Monarquía católica y los moriscos valencianos*, Valencia, Institutió Alfons el Magnànim, 2001, pp. 210-220.

hacer como que no se veían las cosas que estaban a la vista de todos. Ahora, en un ambiente crispado, había urgencia de llamar a la conversión sincera y real. Las palabras de Jaime Pérez son:

“... Pero, en fin, para confundirlos y mostrar quan lexos estan de la verdad, es necessario tener mucha noticia, no solo de la sancta scriptura, pero avn de la Theologia escolastica; pero para doctrinar esta gente que ha mamado y criadose con esta leche ponçoñosa y grosera de Mahoma, no ay necessidad de personas tanto doctas como Christianas, virtuosas y exemplares, por ser ellos tan rudos y tan ignorantes, y su Secta, juntamente, tan barbara como viciosa y bestial, sin tener pies ni cabeça; que, bien entendida, no es sino puro bando y porfía [...] Y assi, quando los aprietan con buenas razones (de las quales ellos carescen) como no tienen respuesta se acogen a que «Moro fue mi padre, y Moro quiero yo ser»; y por esto basta que sus Curas y Rectores tengan discrecion y mediana doctrina, y sobre todo honestidad, como arriba se ha tocado. Avnque no niego que si lo pudiessen tener todo junto, letras y virtud, sería mucho mejor”¹³.

LA DOCTRINA CHRISTIANA REDESCUBIERTA

La labor de recopilación, llevada a cabo por Jaime Pérez, asumida por la asamblea episcopal que se celebró en Valencia, quedó plasmada en una obra impresa. En ella, aparte de las *Constituciones* y las *Ordenaciones* emanadas de la propia asamblea para que cada obispo las hiciera suyas y las aplicara en su diócesis, hay un tono marcadamente catequético, puesto que aparecen dos catecismos completos y otro más, parcial, con vistas a que su empleo, lectura, aprendizaje y explicación pudiera suscitar la anhelada conversión. Todo ello se imprimió en Valencia en el mismo año 1568, para que fuera empleado con prontitud.

El conjunto de lo que integra este pequeño libro está plasmado en el cuadro que sigue, con sus respectivos autores (cuando se conocen), y fechas originales:

TRATADOS INTEGRADOS EN LA DOCTRINA CHRISTIANA, VALENCIA, 1568				
Autor	Pedro Ramiro de Alba	Junta eclesiástica de Valencia	Anónimo (es una cartilla)	Juan de Ávila (fragmento)
Tratado	<i>Doctrina Christiana</i>	<i>Constituciones</i>	<i>Summa y Ressolucion de Doctrina Christiana</i>	<i>Algunas preguntas...</i>
Fecha	1527-1528	1568	—	1554
Páginas	f. 5r (sin paginar) 48v	f. 49r-73v	f. 74r-79r	f. 79r-80v

13. Epístola dedicatoria al muy Illustre y Reuerendissimo señor Obispo de Segorbe y Albarracín, el Maestro Juan Pérez, en Pedro RAMIRO DE ALBA, *Doctrina Christiana*, f. 3r (no paginado).

El largo título con que se publicó es así:

PEDRO RAMIRO, *La Doctrina Christiana que el Reuerendissimo Señor Don fray Pedro Ramiro, Arçobispo que fue de Granada, hizo y ordenó, juntamente con las Constituciones q ordenaron los Reuerendissimos señores don Fernando de Loazes, Arçobispo que fue de Valencia; don fray Joan de Muñatones, Obispo de Segorbe; don fray Martin de Cordoua, Obispo de Tortosa; don Gregorio Gallo, Obispo de Origuella; y el Señor Licenciado Miranda, Comisario General de los nuevos conuertidos, e Inquisidor de la Santa Inquisición de Valencia, en la junta q tuuieron en la Insigne ciudad de Valencia con asistencia del Excellentissimo señor Conde de Benavente y Vissorrey y Capitán General de su Magestad en el reyno de Valencia, acerca del regimiento y orden q han de guardar los nuevos conuertidos, y los demas ministros i officiales para esto diputados. Añadese en el fin vna breue summa y ressolucion de la doctrina Christiana, Valencia, Joan Nauarro, 1568 (Madrid: BNE, R/8319).*

De no ser porque la *Doctrina* de Pedro Ramiro de Alba fue asumida de nuevo por los obispos reunidos en Valencia con la intención de que fuera empleada con provecho para la conversión de los moriscos, esta se hubiera perdido. La probable edición de 1527 o 1528 ha desaparecido y no se conoce en este momento ejemplar alguno de ella. De la nueva edición que se efectuó en 1568, tan solo subsiste un ejemplar. He tenido la fortuna de editar la obra, para poder garantizar su supervivencia, y contribuir a un mejor conocimiento de los esfuerzos que se llevaron a cabo con los moriscos¹⁴.

Como ya está indicado, el volumen está integrado por cuatro tratados bien diversos entre sí, y no se cometería ningún atropello si se dividiera el título teniendo en cuenta las partes que constituyen la obra:

“1ª Parte. Pedro Ramiro, *La Doctrina Christiana que el Reuerendissimo Señor Don fray Pedro Ramiro, Arçobispo que fue de Granada, hizo y ordenó*, [...]

2ª Parte. [*juntamente con las*] *Constituciones q ordenaron los Reuerendissimos señores don Fernando de Loazes, Arçobispo que fue de Valencia; don fray Joan de Muñatones, Obispo de Segorbe; don fray Martin de Cordoua, Obispo de Tortosa; don Gregorio Gallo, Obispo de Origuella; y el Señor Licenciado Miranda, Comisario General de los nuevos conuertidos, e Inquisidor de la Santa Inquisición de Valencia, en la junta q tuuieron en la Insigne ciudad de Valencia con asistencia del Excellentissimo señor Conde de Benavente y Vissorrey y Capitán General de su Magestad en el reyno de Valencia, acerca del regimiento y orden q han de guardar los nuevos conuertidos, y los demas ministros i oficiales para esto diputados. [...]*

3ª Parte. [*Añadese en el fin*] *vna breue summa y ressolucion de la doctrina Christiana, [...]*

4ª Parte. [*Juan de Ávila, Algunas preguntas a propósito de esta Doctrina Christiana, y sirven para que se conserven más en la memoria*]”.

14. L. RESINES, *El catecismo de Pedro Ramiro de Alba*, Granada, Universidad de Granada, 2015.

Esta última parte ni siquiera aparece consignada en el título, y parecería una especie de prolongación de la parte tercera; afortunadamente es posible diferenciarla.

El libro es un volumen en 8º, impreso, con una suntuaria encuadernación posterior en piel. Letra gótica. 26 líneas por página. Signaturas A⁴-L⁴ (las signaturas señalan en todos los casos A⁵..., pero no responden a la realidad). Carece de paginación original; la que aparece, a tinta, solo en rto., llega hasta la página 80. Pero en realidad hay una omisión, pues las ocho primeras páginas no han sido numeradas, calculando que eran preliminares (estos se encuentran únicamente en el f. 1v), por lo que el volumen tiene 88 páginas (8 + 80).

No se trata de un volumen facticio formado por acumulación de impresos procedentes de diversas manos que se hayan encuadernado juntos, puesto que obedece a la decisión de seleccionar, reimprimir y poner en circulación obras ya existentes junto con las disposiciones jurídicas aprobadas en la asamblea de Valencia. Las partes 1ª, 3ª y 4ª tiene un tono catequético innegable, tal como se habían propuesto llevar a cabo los obispos reunidos. Jaime Pérez ha cumplido con la función de secretario, adelantando el camino con una selección que previamente ha realizado para poner ante los reunidos los elementos con los que pudieran decidir rápida y fácilmente. Se retrata a sí mismo como “serviente que haze lo que puede, acarreando materiales para el edificio” y describe la selección que ha llevado a cabo:

“... y acordandome hauer oydo a V. S. hablando algunas vezes en esta manera que presupuesto que era necessario para doctrinar a esta gente que huuiessse alguna instruccion Christiana; y que por estar hechas muchas y de graues auctores no quería V.S. tomar trabajo de hazer otra de nueuo, pero que desseaua mucho acertar con la que fuesse mejor y mas a proposito, y mandar en toda su Diocesi que assi los Rectores como los demas que huuiessen de doctrinar a esta gente, todos conformemente se rigiessen y siguiesen por ella, y con el desseo y obligacion que arriba he dicho de servir a V. S., he mirado muchos tractados de instrucciones y doctrina Christiana, y avnque todas muy buenas, cada vna en su manera, pero entre todas me ha parecido particularmente bien la que hizo y ordeno el Reuerendissimo señor don fray Pedro Ramiro, Arçobispo que fue de Granada, prelado de muy loable y exemplar memoria, por ser más a proposito, por hauerla hecho para esta mesma gente, quando se conuirtio en el reyno de Granada a nuestra sancta Fe catholica...[...] Juntamente con esta doctrina Christiana van las Constituciones [...] con una breue summa y resolucion de la doctrina Christiana”.

La labor de selección llevada a cabo por Jaime Pérez pone el acento en las obras que estima pueden ser de mayor provecho. Y se fija en las tres obras catequéticas indicadas. La disposición de las piezas en el conjunto de la obra resulta un tanto extraña, porque parece que hubiera sido preferible no intercalar la parte jurídica de *Constituciones* y *Ordenaciones* entre dos catecismos. En cualquier caso, su tono es bien diverso, aunque en tales disposiciones jurídicas está presente el aspecto de la fe que los moriscos conservaban.

A la vez, sin pretenderlo, da fe, por partida doble, de que la obra de Pedro Ramiro de Alba se había impreso, ya que echa mano de algún ejemplar de

la edición primera (de 1527 o 1528); también certifica que gozaba de una cierta estima que la hace destacar entre otros libros, como más valiosa. Esto permite razonablemente extender la vigencia e implantación de la obra de Ramiro bastante más allá del momento en que se imprimió.

Cuando se inicia propiamente la transcripción de la *Doctrina* de Pedro Ramiro, el f. IVv (no paginado) contiene el prólogo del mismo Ramiro. La lectura detallada del resto de su obra arroja la sensación clara de que lo que se ha hecho en la nueva edición de Valencia es volcar la obra, pero sin modificarla, alterarla o cortarla. No hay saltos inexplicables, ni cosas tratadas a medias. Por lo que es posible afirmar, por fortuna, que estamos ante la edición primera, reasumida. Y puesto que la obra de Ramiro ocupa la mitad del volumen completo, y va en primer lugar, es la que da nombre al resto, a efectos bibliográficos, aunque cada parte tenga su propio autor¹⁵.

Cuando la edición de Valencia transcribe el título de la obra de Pedro Ramiro, aparece como *La Doctrina Christiana que el Reuerendissimo Señor Don fray Pedro Ramiro, Arçobispo que fue de Granada, hizo y ordenó*. Hay que suponer que este sería también el título de la edición primera, a falta de otra información.

EL CONTENIDO DE LA *DOCTRINA CHRISTIANA*

Mirando el esquema de la obra, es indispensable volver la vista a la minuta que le pasó en Granada Carlos V a Pedro Ramiro, en la que indicaba qué aspectos deberían ser abordados en el catecismo que le encargaba redactar (ver nota 8). Aparecían cuatro aspectos, que se corresponde con exactitud con las cuatro partes en que está articulada la obra de Ramiro:

MINUTA DE CARLOS V	DOCTRINA DE PEDRO RAMIRO
– todo lo que han de creer	– la importancia de creer (parte primera)
– e saber,	– lo que ha de saber (parte segunda)
– e lo que han de hacer como cristianos,	– lo que ha de hacer el cristiano (parte tercera)
– e las cosas que no han de hacer porque	– lo que no ha de creer ni hacer el morisco son ritos y ceremonias de moros (parte cuarta)

15. De hecho, una reseña bibliográfica incompleta no había permitido antes la localización, ya que el bibliógrafo aragonés Juan Manuel Sánchez solo había consignado: "Ramiro, *Doctrina Christiana*, Valencia, 1568": J.M. SÁNCHEZ, *Doctrina Cristiana del P. Jerónimo de Ripalda, e intento bibliográfico de la misma. 1591-1900*, Madrid, Imp. Alemana, 1909, p. 20.

Es evidente que Ramiro siguió el guion que le habían señalado, como la forma más exacta de cumplir con el encargo recibido. Esto no le impidió desarrollar, en un esquema más elaborado, todo cuanto tiene que ver con la fe cristiana que trataba de transmitir, más la cuarta parte en la que aborda las prácticas que deben ser asumidas, y las que deben ser desterradas en el comportamiento de los cristianos nuevos, si su conversión es sincera y su bautismo no es mero trámite para agradar y halagar a la mayoría.

Por consiguiente, el esquema real con el que está articulada la obra de Ramiro es este:

- Primera parte: la importancia de creer, y lo que se ha de creer; exposición del credo apostólico, artículo por artículo (f. 5v [no paginado]-7v [paginado]).

- Segunda parte: incluye una serie variada de cuestiones (lo que se ha de saber)

- 1º- signar (f. 8r-v)

- 2º- la misa y sus ceremonias (f. 9r)

- 3º- oraciones: yo pecador, pater noster, ave maría, salve (f. 9r-11r)

- 4º- las imágenes (f. 9v-10r)

- 5º- los sacramentos (f. 12r-15v)

- 6º- potencias del alma y enemigos del alma (f. 15v-16r)

- 7º- virtudes (f. 16r)

- 8º- obras de misericordia (f. 16v-17v)

- 9º- pecados mortales o capitales (f. 17v-21v)

- 10º- bendición de la mesa (f. 21v)

- 11º- protestaciones (f. 22r-v).

- Tercera parte:

- 1º- los diez mandamientos (f. 22v-29r)

- 2º- los cinco mandamientos de la Iglesia (f. 29v-30v)

- 3º- Algunas excelencias de la ley cristiana (f. 30v-35r)

- Cuarta parte:

- 1º- lo que no han de creer los moriscos (f. 35v-43v)

- 2º- lo que no han de hacer (f. 43v-48v).

Con un orden no demasiado convencional, pero que respondía a los planteamientos de la época, aparecen tratados todos los temas importantes para la transmisión de la fe cristiana: los cuatros grandes apartados –credo, oración, mandamientos y sacramentos–, más otra serie notable de cuestiones que deberían ser sabidas. Hacia finales del siglo XVI se impondrá un orden más lógico y pedagógico, que no se planteaba en 1527.

El estilo –o, si se prefiere, el método– de la *Doctrina* de Ramiro es expositivo, con el cual desarrolla las cuestiones, dándoles la amplitud que estima necesaria

en cada caso. No emplea el sistema de preguntas y respuestas utilizado en los dos catecismos para moriscos de Martín Pérez de Ayala y un jesuita de nombre desconocido¹⁶. Sin embargo, en las ocasiones indicadas se trataba de un diálogo ficticio, que tras una exposición (a veces casi un monólogo) recogía la supuesta respuesta del morisco que asistía a la explicación, en todos los casos asintiendo y manifestando su pleno acuerdo. Lo cierto es que un diálogo real hubiera asumido más de una dificultad para que los moriscos hicieran suya la fe cristiana.

En el caso de Ramiro, con todo, hay una especie de diálogo soterrado ya que, con la exposición que hace de cada punto, parece sugerir al lector morisco la respuesta de aceptación simple y llana, porque el cristianismo irradia luz y la consecuencia es que las tinieblas se desvanecen. Lo mismo ocurre con la insinuación de las conductas que han de seguirse, que han de conducir a desechar las contrarias, por el automatismo de lo bueno frente a lo malo.

No nos ha llegado constancia de las arduas y nada sencillas conversaciones que Hernando de Talavera tuvo con los alfaquíes musulmanes. Pero sin duda serían una larga serie de razones y contrarrazones para clarificar los propios argumentos, para desvirtuar los del contrario y, en definitiva, para buscar la verdad. Todo eso que es tan valioso, hay que darlo por supuesto. De la misma forma, hay que dar por supuesto –o hay necesidad de imaginar– las réplicas que brotarían de labios y mentes de moriscos a las afirmaciones bastante sencillas que se encuentran en las páginas de la *Doctrina* de Ramiro. Podría valer como ejemplo la exposición que Ramiro hace sobre el Espíritu Santo, en la que, entre otras consideraciones, dice:

“...assi el amor de dios que es el spiritu sancto es consubstancial al padre y al hijo donde procede, con los quales es vn dios. Y assi por tal ha de ser adorado y glorificado con el padre y con el hijo; el qual spiritu sancto junto con el padre y el hijo alumbro a los Prophetas para que compusiessen la sagrada scriptura, la qual toda es dictada por el spiritu sancto. Este articulo confiessa el Alcoran en el decimo capitulo diziendo “Dios y su spiritu sancto etc”¹⁷, donde claramente dize dios tener spiritu sancto, en lo qual se significan las diuersas personas, avnque sea la essencia vna” (f. 4v-5r).

16. Lo utilizaron en sus respectivos catecismos Martín PÉREZ DE AYALA, *Catechismo para Instrucción de los nuevamente convertidos de moros. Impreso por orden del Patriarcha de Antiochia y Arçobispo de Valencia Don Juan de Rivera*, Valencia, Pedro Mey, 1599. (Obra póstuma). y un anónimo jesuita granadino que escribió: *Cathechismo. Este es un catecismo util para todos los fieles christianos porque contiene una compendiosa y substancial explicación de la Doctrina Christiana, y especialmente es muy provechosa para los christianos nuevos de moriscos, y para convertir a moros, porque el estilo es por via de disputa en defensa de nuestra santa fe catholica con la secta de Mahoma. Va escripto en dialogo entre un sacerdote y un christiano nuebo de Moriscos al que llama Novicio*, ms. 1588. (L. RESINES, *Catecismo del Sacromonte y Doctrina christiana*...

17. Sura 2, 87: “Dimos a Moisés la escritura y mandamos enviados después de él. Dimos a Jesús, hijo de María, las pruebas claras y le fortalecimos con el Espíritu Santo”. Sin embargo, los comentaristas del Corán no lo identifican con la persona de la Trinidad cristiana, sino con el ángel Gabriel.

Indudablemente, cualquier morisco que leyera este párrafo tendría algo que decir y algo que preguntar, antes de aceptarlo sin más. Resultaba imposible que la expresión citada del Corán fuera entendida en la misma forma que expresa Pedro Ramiro; no era posible que lo aceptara como una realidad divina –una persona divina–, diversa de Dios Padre, dada la inquebrantable unicidad divina, que no admitía la realidad de personas diversas. Ni tampoco que fuera procedente del Padre y del Hijo, en el caso de haber aceptado el presupuesto (¡inaceptable!) de dos personas; ni menos que fuera consustancial, con una terminología de corte filosófico que es ajena a las expresiones coránicas. En otras palabras, aunque Pedro Ramiro formulara este párrafo con ánimo de atraer a los moriscos a la fe cristiana, certeramente expresada, y aunque citara el Corán como muestra de conocimiento y de afinidad de criterios, no era nada fácil que hubiera acuerdo en este punto. Como este ejemplo se podrían proponer otros varios, sin duda. Pero el criterio de ofrecer la más nítida doctrina cristiana, por muy lúcida que fuese y por más clara que estuviese presentada, no producían automáticamente la aceptación de los moriscos.

Si la *Doctrina* de Pedro Ramiro se entiende como una base a partir de la cual comenzar una discusión larga, tendida, un diálogo fructífero, es posible imaginar que no era suficiente una simple lectura, sino que se necesitaba una profundización para ver las razones que sustentaban los criterios religiosos de cristianos y musulmanes. Era, por tanto, un instrumento útil para una tarea que no está enunciada en sus páginas, sino simplemente supuesta.

A pesar de toda la dificultad que llevaría consigo el más adecuado uso de la *Doctrina* de Ramiro, esta, sin duda, se prestaba mucho más al diálogo que otros catecismos que en el XVI se escribieron con la vista puesta en la conversión de los moriscos. Sigue en cierto modo las huellas de lo que había efectuado Hernando de Talavera, en un extenso diálogo abierto. Pero es claro que la simple proposición escrita, por sí misma, no podía producir conversión alguna, si no era suficientemente debatida.

UN DIÁLOGO DIFÍCIL

De ahí que el planteamiento metodológico de la obra de Pedro Ramiro es claramente incompleto y hay muchas cosas que el libro por sí mismo resultaba incapaz de transmitir. Cuando Pedro Ramiro redacta el prólogo expone otro criterio metodológico: que se haga la exposición poco a poco y con palabras claras. Sin duda que es totalmente razonable su consejo. Pero el simple hecho de proceder con ritmo pausado y de expresarlo bien con las palabras del libro, o bien con otras expresiones más inteligibles, no salvaba la enorme distancia que existía en los criterios entre ambas religiones.

Haciendo un repaso rápido de esas dificultades, no hay más remedio que enumerar el profundo y radical criterio sobre Jesús de Nazaret, visto como Dios

y hombre en plenitud, o visto como un profeta más respetado entre otros profetas, pero ciertamente con un nivel inferior al de Mahoma. También la misma consideración de Mahoma, culminación de la revelación para los musulmanes y falsario y engañador para los cristianos. No es posible omitir, como ya está indicado, lo referente a la persona del Espíritu Santo y al misterio de la Trinidad Santa, totalmente rechazable desde el islam. Lo mismo habría que señalar para la realidad de la Iglesia, entendida no solo como colectividad de creyentes de una religión, sino como medio querido por Jesús como misterio de salvación: no era sencilla la coincidencia en este punto. La misma práctica de los sacramentos como acciones sagradas en las que intervienen el propio Dios y no como meros rituales de expresión de una fe era sin duda otro de los puntos conflictivos, que desbordaban la mera actuación humana del celebrante y de quien lo recibía.

A ello habría que añadir toda la serie de normas que no entraban propiamente en los criterios de la fe, sino prácticas ritualizadas de una y otra religión: el ramadán y la cuaresma; los ritos de paso (bautismo, matrimonio, sepultura...) en los que estaban implicadas creencias y sentimientos por igual. Los días sagrados de cada una de las religiones (domingos o viernes) que eran fuente de conflictos entre vecinos del mismo lugar. La distinta práctica y usos seculares respecto de los alimentos que eran aptos para el consumo, que marcaban diferencias poco menos que insalvables. Es preciso añadir otra infinidad de pequeñas cuestiones, en las que no se implicaba nada que pudiera calificarse como "doctrinal" o de "principios teóricos", pero que resultaban cuestiones no pequeñas cuando se trataba de inducir o imponer el cambio en los vestidos, en el habla, en las canciones, en los usos diarios.

Creo que Pedro Ramiro, al terminar su escrito, pudo sentirse satisfecho porque no quedaba ningún asunto notable que hubiera omitido: está en sus páginas todo cuanto era preciso que los moriscos reconsideraran lo propuesto, con la intención de que lo abandonaran, cambiando sus criterios. Incluso, dando un paso más, es posible pensar que Pedro Ramiro podría sentirse orgulloso si lo hubiera comparado con otros libros similares, muchos menos dialogantes, mucho menos respetuosos y mucho más difíciles. Aun así, sin el inevitable acompañamiento de un debate sereno sobre cualquiera de las muchas cuestiones enumeradas, poco se podría hacer.

Dejando a un lado el último apartado de la tercera parte de la *Doctrina*, el conjunto de las tres primeras partes constituye una exposición de los criterios cristianos que podría asemejarse a la que se encontraba en otros catecismos. No se puede olvidar la multitud de referencias que se hacen a la religión islámica, bien para detectar contactos, bien para señalar diferencias: esto no se encuentra en otros catecismos de la época. Solo este aspecto de por sí es digno de consideración, ya que hacía posible el contraste entre las dos religiones, que otros catecismos no facilitaban. Pero de la misma forma que había grandes e insalvables diferencias entre los aspectos dogmáticos de las dos creencias, también se perciben abismos en la conducta de una o de otra religión a la hora de la mo-

ral, porque los códigos sobre la vida, el honor, la mentira, el juramento, el matrimonio, la guerra, la venganza, etc., eran diversos, cuando no contrapuestos. Eran muchas las conductas en que no existía diferencia entre cristianos y musulmanes o moriscos, pero las que mostraban criterios diversos eran tan notables como para mantener una separación que no se podía ignorar. También en este terreno, Pedro Ramiro se muestra conocedor del islam y señala que no debería ser tan complejo para los moriscos cambiar unas conductas por otras, aunque es evidente que no era suficiente con enunciar el principio.

En cambio, el punto tercero de la parte tercera de la *Doctrina* tiene todos los visos de la polémica. Se titula: «Algunas excelencias de la ley cristiana»; con este título, Ramiro detalla con amplia exposición toda una serie de aspectos teóricos y prácticos en los que el cristianismo aventaja nítidamente al islam, al comparar ambos. Y, para él, la conclusión cae por su propio peso: ante tal cúmulo de excelencias, de ventajas, de superioridad neta, lo lógico es que una persona sensata se incline por el cristianismo y abandone el islam. El razonamiento es muy claro. Podría servir perfectamente para cuando se trata de comprar un producto y el vendedor, honrado, ofrece dos modelos distintos y muestra sus respectivas cualidades y precios; pero el comprador no está sentimentalmente vinculado con ninguno de ellos y elige con frialdad al compararlos. Es evidente, sin embargo, que esto no es válido cuando se trata de sopesar las ventajas de una y otra religión, ya que los oyentes y lectores del libro de Pedro Ramiro no partían de cero: estaban vinculados, enraizados en una o en otra –como el mismo Ramiro lo estaba– y no elegían desapasionadamente. De ahí que las pretendidas excelencias se convierten casi en un cúmulo de agravios hacia los moriscos porque, según Ramiro, eligen la peor parte.

Estas *excelencias* se concretan en la garantía de salvación, el fundamento en el Antiguo Testamento y en los profetas del mismo, la autoridad divina o humana de la Biblia o el Corán, la permisividad respecto al pecado, la capacidad de renunciar a los bienes o al matrimonio en el cristianismo, la existencia de sacramentos que ofrecen la vida divina, el diverso estilo y profundidad en la oración, la fe del creyente que abarca al convencimiento interno y a la conducta exterior... El balance que hace Ramiro es evidente. También tiene en cuenta, con un hondo sentido realista que no vale fijarse en los malos cristianos –ni en los malos moriscos– porque ellos no son precisamente el ejemplo a imitar, y porque en todas las religiones está mezclado el trigo con la paja.

La cuarta parte de la *Doctrina* que escribió Pedro Ramiro requiere otro tratamiento, en la doble vertiente positiva (lo que deben hacer) y negativa (lo que deben evitar). Nunca se encuentra un tratado sistemático como este ni en catecismos para cristianos viejos ni en catecismos para cristianos nuevos. Sí que es cierto que bastantes de esas afirmaciones están dispersas en otros catecismos y disposiciones para moriscos; aquí, en cambio, se encuentran todas (o casi todas) agrupadas en un tratado específico. Esta parte es una especie de resumen, en que se condensan la mayor parte de las prohibiciones que habían llevado a cabo Carlos V (en la Junta de 1526), y Felipe II (en la de 1566); además, hay otras muchas

prohibiciones y normas que se encuentran en el sínodo de Guadix (1554) y en el concilio provincial de Granada (1565), presididos respectivamente por Martín Pérez de Ayala y Pedro Guerrero, todos ellos previos a la aparición de la *Doctrina* de Pedro Ramiro de Alba y anteriores a la rebelión de Las Alpujarras. Son disposiciones en que se entrecruzan el aspecto puramente civil (por ejemplo, validez de los testamentos) con otras puramente religiosas (como la celebración del bautismo). Pero, en la mayor parte de los casos, se trata de disposiciones en que todo está íntimamente unido, porque se entrecruzan prácticas, convencimientos, usos y costumbres y se mezclan convencimientos con simples formas de actuar.

En esta parte se hace una semblanza de los criterios y usos moriscos, a lo largo de veinticinco páginas, como pocas veces se encuentra. Las formas y las costumbres aparentemente más inocentes o menos llamativas son señaladas como cosas que hay que hacer o cosas que es preciso evitar. Sorprende el detalle, porque se llega a hablar incluso de las telarañas: “Item, mandamos que todas las Pascuas visiten [los curas] las casas para ver si crían tórtolas en sus casas, o telarañas, o hacen otras cosas tocantes a las Pascuas...” (*Doctrina*, f. 70v, *Ordenaciones: Doctrina cristiana*). La norma morisca de no quitar las telarañas estaba relacionada con la de hacer limpieza general al final del Ramadán, lo que suponía mantenerse cordialmente afincados en los criterios islámicos. Ciertamente esta afirmación no corresponde a Ramiro, sino a las disposiciones de los obispos reunidos en Valencia en 1568, que replica las que se habían expresado con anterioridad en el sínodo de Guadix aludido. Pero el tono de lo que le corresponde a Pedro Ramiro de Alba como autor va en la misma dirección detallista. Son los pequeños y aparentemente insignificantes comportamientos los que denotan dónde está situado el pensamiento de cada uno. Y de ahí la llamada de Pedro Ramiro al cambio de corazón, interno, y al cambio de conducta, externo.

Si fuera posible condensar en una norma el criterio fundamental sobre el que gira el pensamiento de Pedro Ramiro en su sincera invitación a los moriscos para que abandonen su fe, es claro que el más importante de todos estriba en la diferencia entre Jesús, a quien confiesa y reconoce como Dios, y Mahoma, del que asegura que es un simple mortal, que se arroga el derecho de hablar en nombre de Dios. Es el más notable contraste.

Pero no deja de tener importancia algo que dice expresamente y que está latiendo a lo largo de todas las páginas: el comportamiento islámico de los moriscos que se confiesan cristianos con la boca, pero cuyas obras lo desdicen. Lo manifiesta expresamente en varias ocasiones, la más clara de las cuales es la siguiente:

“Tienen assi mesmo los Moros vn grande error que piensan que basta para saluarse tener la fe y ley en el coraçon avnque no la digan por la boca ni la pongan en obra [...] y por esto muchos de ellos, avnque hazen lo que les manda la yglesia como por fuerza, pensando que assi guardan su ley, donde paresce burla de la ley que los engaña [...] y assi se hauian de desengañar estos y creher certissimamente que ni seran Moros ni Christianos si la fe que tuuieren en el coraçon no la confessaren en la boca y pussieren por obra” (f. 34r).

Está haciendo alusión directa a la norma coránica que dice: “Quien no crea en Dios luego de haber creído –no quien sufra coacción mientras su corazón permanece tranquilo en la fe, sino quien abre su pecho a la incredulidad–, ese tal incurrirá en la ira de Dios y tendrá un castigo terrible” (Sura 16, 106). Esto es para Ramiro una invitación a la doblez, a la falsedad de la sumisión aparente a las normas ajenas, sin cambiar íntimamente¹⁸. Y se indigna al pensar que el cristianismo reclama la sintonía entre los criterios y la conducta externa, sin falsas apariencias y sin cómodas evasivas. Por lo cual, es evidente para él la conclusión, pues el cristianismo aventaja notablemente al islam porque exige a sus miembros la coherencia más elemental, en tanto que el islam abre la puerta al engaño, a la doblez. Esta parte de la *Doctrina Christiana* refleja en cierto modo lo fundamental del pensamiento de Pedro Ramiro.

Él había estado en contacto muy directo con moriscos a lo largo de prácticamente toda su vida en Granada. Por tanto, estaba en condiciones de denunciar respetuosa pero enérgicamente la conducta de los moriscos, nada convincente para los cristianos que dudaban de la veracidad de su conversión, a pesar de las palabras en contrario. Ramiro se muestra, así, como ejemplo de lo que sentía la mayoría cristiana. Y, a pesar de que no es partidario del empleo de la coacción para cambiar los criterios, sí aparece convencido de que una serie de razones bien expuestas no dejarán de producir su efecto en el ánimo de los moriscos.

Desde que publicó la *Doctrina* en 1527 o 1528, no hay dato alguno que permita suponer que su difusión y lectura inclinara la mente de los moriscos –muchos o pocos– a un cambio sincero en sus criterios religiosos. Cuando la obra fue reasumida y editada de nuevo por los obispos reunidos en Valencia (1568), estos pensaban que podría constituir una poderosa ayuda para dar ese paso. No hay forma de saber qué repercusiones suscitó en el espacio de los cuarenta años que median entre la publicación y la reutilización de la *Doctrina*. Desde luego, co tejada con los criterios que figuran en los otros catecismos que se hicieron para moriscos, esta es con mucho la mejor¹⁹. Pero está claro que los medios, por muy buenos que sean, resultan inútiles sin el apoyo de testigos fiables que los empleen.

18. Puede verse acerca del disimulo religioso en el islam el monográfico coordinado por M. García-Arenal en la revista *Al-Qantara*, 34, 2 (2013).

19. Me he referido ya a algunos de esos catecismos. El total de los que hoy conocemos es: 1.- Hernando de TALAVERA, *Breve doctrina y enseñanza que ha de saber y poner en obra todo xpiano y cristiana. En la cual deuen ser enseñados los moçuelos primero que en otra cosa*, Granada, Juan Pegnitzer - Meinardo Ungut, 1496. 2.- Pedro de ALCALÁ, *Arte para ligeramente sauer la lengua arauiga*, Granada, 1505. 3.- Martín PÉREZ DE AYALA, *Doctrina Cristiana*, Alcalá, Juan de Brócar, 1556. (Integrado en el sínodo de Guadix y Baza de 1554). 4.- Martín PÉREZ DE AYALA, *Catechismo para Instrucción de los nuevamente convertidos de moros. Impresso por orden del Patriarcha de Antiochia y Arçobispo de Valencia Don Juan de Rivera*, Valencia, Pedro Mey, 1599. (Obra póstuma). 5.- Martín PÉREZ DE AYALA, *Doctrina Christiana en lengua Arauiga y Castellana: Composta e impressa por mandado del Illustrissimo y Reuerendissimo Señor don Martin de Ayala, Arçobispo de Valencia: para instruccion de los nuevamente conuertidos deste Reyno*, Valencia, Joan Mey, 1566. 6.- Alonso DE OROZCO, *Catecismo prouechoso. Hecho por el Padre Fray Alonso de Orozco, predicador de su M. En*

LOS OTROS COMPLEMENTOS ADJUNTADOS EN LA EDICIÓN

En la selección de materiales que llevó a cabo el vicario de Albarracín, además de la *Doctrina* de Pedro Ramiro de Alba, constan otros dos complementos catequéticos. Ese carácter complementario figura cuando el largo título con que se editó afirma que “Añadese en el fin vna breve summa y ressolucion de la doctrina Christiana”. Pero tal denominación induce al error, porque no se trata de una sino de dos obras las que se esconden en el epígrafe.

La primera de ellas es una cartilla de la doctrina cristiana (f. 73v-79r) para la cual se conserva el epígrafe utilizado: *Summa y ressolucion de la doctrina Christiana*. Se trata de una cartilla, absolutamente desconocida hasta el presente, que posiblemente era utilizada en la región de Levante, que contenía lo fundamental de la doctrina cristiana. Pero a diferencia de la *Doctrina* de Ramiro, como todas las cartillas, carece de explicaciones, se limita a presentar, escuetos, desnudos, los formularios de los saberes cristianos. Suponía, desde la difusión de la imprenta, un enorme paso que se pudiera imprimir un pequeño folleto, de 12 páginas en 8º, que pudiera ser leído y aprendido de memoria; que pudiera ser consultado una y otra vez para contrastar si el aprendizaje se correspondía con lo impreso y que, una vez memorizado, garantizaba que quien lo sabía era buen cristiano. Cosa bien distinta era que estuviera en condiciones de explicar lo que se le proponía en la cartilla con un lenguaje aquilatado, a veces difícil, y no siempre entendido. Pero para un cristiano viejo, era garantía más que suficiente de que conocía su fe.

En esta cartilla –que lleva el extraño apelativo de «resolución», además de «suma»–, los contenidos de la fe que aparecen, en este orden, son los siguientes: Artículos de la fe, Mandamientos de Dios, Mandamientos de la sancta madre iglesia, Signar y santiguar, Pater noster, Ave Maria, Credo, Salve, Sacramentos, Obras de misericordia, Pecados mortales [o capitales], Virtudes contrarias,

el cual se declara solamente nuestra ley Christiana ser la verdadera. Y todas las otras sectas ser engaños del demonio, Zaragoza, Iuan Millán, 1568. 7.- Pedro RAMIRO DE ALBA, La Doctrina Christiana que el Reuerendissimo Señor Don fray Pedro Ramiro, Arçobispo que fue de Granada, hizo y ordenó, juntamente con las Constituciones q ordenaron los Reuerendissimos señores don Fernando de Loazes, Arçobispo que fue de Valencia; don fray Joan de Muñatones Obispo de Segorbe; don fray Martin de Cordoua, Obispo de Tortosa; don Gregorio Gallo Obispo de Origuella; y el Señor Licenciado Miranda, Comisario General de los nuevos conuertidos, e Inquisidor de la Santa Inquisición de Valencia, en la junta q tuuieron en la Insigne ciudad de Valencia con asistencia del Excellentissimo señor Conde de Benavente y Vissorrey y Capitán General de su Magestad en el reyno de Valencia, acerca del regimiento y orden q han de guardar los nuevos conuertidos, y los demas ministros i oficiales para esto diputados. Añadese en el fin vna breve summa y ressolucion de la doctrina Christiana, Valencia, Joan Nauarro, 1568. 8.- Pedro GUERRA DE LORCA, Catecheses mystagogicae pro advenis ex secta Mahometana. Ad Parochos et Potestates, Matriti, apud Petrum Madrigal, anno 1586. 9.- CATHECHISMO. Este es un catecismo util para todos los fieles christianos porque contiene una compendiosa y substancial explicación de la Doctrina Christiana, y especialmente es muy provechosa para los christianos nuevos de moriscos, y para convertir a moros, porque el estilo es por via de disputa en defensa de nuestra santa fe catholica con la secta de Mahoma. Va escripto en dialogo entre un sacertode y un christiano nuevo de Moriscos al que llama Novicio, ms. 1588.

Enemigos del alma, Potencias del alma, Dones del Spiritu Sancto, Bienaventuranzas [esquematzadas, no literales], Frutos del Spiritu Sancto, Sentidos corporales, Virtudes y Confession general. Resulta evidente la falta de un orden medianamente lógico, pero no hay que buscarlo especialmente, ya que cada cartilla se imprimía siguiendo los criterios de su fautor (que no siempre autor, pues los contenidos eran de dominio público), y no hay dos iguales.

En cambio, sí es posible señalar que esta cartilla es un impreso autónomo respecto de la *Doctrina* de Pedro Ramiro, aunque aparezca integrada en el mismo volumen. En efecto, cuando se repiten los contenidos de algunas oraciones o de otros formularios, no hay correspondencia exacta entre lo escrito por Ramiro y lo que aparece en esta cartilla. Esa falta de sintonía parece que no supuso problema ni para Jaime Pérez, que la seleccionó, ni para los obispos reunidos en Valencia. Sin embargo, suponía un no desdeñable problema cuando alguien de escasa cultura o un morisco que se decidía a cambiar su pensamiento se encontraba con dos expresiones diversas en el padrenuestro o el avemaría, por ejemplo.

La segunda obra, escondida, figura cuando concluye la cartilla, aparecen a renglón seguido «Algunas preguntas a propósito de esta Doctrina Christiana, y siruen para que se conseruen en la memoria». No hay más indicación que la frase transcrita; esta, unida a la disposición tipográfica, dan la sensación de que se trata de una simple prolongación de la cartilla, ya que, si tenía como finalidad encomendarla a la memoria, en lo que sigue la intención resulta expresa.

La suerte de haber podido estudiar otros catecismos me permitió enseñada comprobar que tales preguntas tienen autor (al menos asignado) y que constituyen un fragmento errático que fue a parar al impreso editado en Valencia. Se trata en realidad de un fragmento de la sección sexta de la *Doctrina* atribuida a Juan de Ávila. Esta sección consta de cuatro partes, de las cuales aparecen únicamente las dos primeras, en la obra editada en Valencia en 1568.

La obra que se asigna a Juan de Ávila lleva el título de *Doctrina Christiana que se canta*, y se publicó varias veces²⁰. La primera que hoy resulta conocida fue impresa en Valencia, Molino de la Rouella, 1554. Sé de otras ediciones que se llevaron a cabo, siempre por obra de jesuitas, en Medina del Campo y también de nuevo en Valencia. Es posible que hubiera más ediciones hoy desconocidas. Pero para quienes vivían y se desenvolvían en el Levante, se trataba de un texto conocido. Como en todas las ediciones –al menos las conocidas– carece de nombre de autor, no hubo el más mínimo problema en incorporarlo al impreso de 1568, por la utilidad que podría reportar.

No deja de llamar la atención que solo se asumieran y reprodujeran las preguntas que aparecen en las dos primeras partes de la sección sexta en la *Doctrina* asignada a Juan de Ávila, toda vez que las otras dos partes no asumidas no resultaban muy extensas. Parece que lo que pretendían era encomendar a

20. L. RESINES, *San Juan de Ávila, Doctrina cristiana que se canta*, Madrid, Khaf, 2012.

la memoria algunas preguntas breves para que los moriscos convertidos de verdad las hicieran suyas, y calcularon que con estas preguntas era suficiente. En realidad, repiten, con leves variantes, lo que figuraba en la obra de donde fueron tomadas, pero no se molestaron siquiera en indicar su origen –anónimo, al fin y al cabo– ni de completarlas con el resto de las preguntas que allí aparecían. Bloque de aluvión que, tumbo tras tumbo, aflora al cabo de los años donde menos cabía sospecharlo.

La reunión episcopal de Valencia tuvo lugar como muy tarde en febrero de 1568, ya que el 28 de febrero de ese año falleció Fernando de Loaces, que ocupaba la sede de Valencia y al que el largo título de la obra señala como aún vivo. Posiblemente tardarían algunos meses en imprimirla, pero no quisieron alterar la memoria de quien había participado en la asamblea, aunque el libro impreso tardara algo más en salir a la luz. Pero desde luego es posible afirmar que fue publicado con todas sus partes antes de que estallara la guerra de Las Alpujarras (1568-1571), sofocada a sangre y fuego. El levantamiento de los moriscos era la respuesta a las múltiples presiones a que fueron sometidos por parte de los cristianos viejos; el detonante fueron las disposiciones de la pragmática de Felipe II, publicadas en Granada el 1 de enero de 1567, con la exigencia de estricto cumplimiento y ninguna relajación.

Durante esos años de conflicto y de lucha armada, mal se podía llevar a cabo una conversión serena, pausada, pensada, que brotara del corazón. Las consecuentes deportaciones de los moriscos a diversas localidades del interior, alejadas de sus lugares de procedencia, tampoco propiciaban un clima de serenidad. Establecidos en pequeños grupos a fin de evitar la insurrección y favorecer su control, tampoco se puede afirmar que gozaran de un clima sereno que favoreciera su reflexión y su posible conversión.

Para aquellos años de la dispersión, en el último cuarto del siglo XVI, la *Doctrina*, que había redactado Pedro Ramiro medio siglo antes, podría haber seguido teniendo validez en lo que afirmaba (con las acotaciones anotadas), pero los hechos tensos que se habían sucedido durante ese tiempo lo dejaron en la práctica fuera de la circulación. Hoy lo recuperamos felizmente como documento palpitante que refleja la situación en que se vieron envueltos cristianos viejos y cristianos nuevos y como un loable esfuerzo de conducir por la vía del convencimiento a los moriscos hacia la fe cristiana.

RESUMEN

Preocupados por la conversión de los moriscos, cuatro obispos del Levante español se reunieron en Valencia en 1568. Como recurso para conseguir su meta aconsejaron el uso de la *Doctrina Christiana* que había redactado cuarenta años antes Pedro Ramiro de Alba, arzobispo de Granada. Se trata de un texto que, con profundo conocimiento del islam, propone a los cristianos nuevos una serie de razones para dar un paso más allá de la mera conversión aparente, y llegar a la conversión real. Conocido por la edición que se hizo en Valencia el año 1568, se trata de un catecismo por fortuna hoy recuperado.

Palabras clave: Pedro Ramiro, moriscos, *Doctrina Cristiana*, conversión.

ABSTRACT

Concerned by the conversion of baptized muslims (*moriscos*), four bishops of the Kingdom of Valencia were assembled in 1568. As a tool to obtain their purpose, they counseled the use of *Doctrina Christiana*, written by Pedro Ramiro de Alba, archbishop of Granada, forty years before. It is a book which shows a real knowledge of Islam. It offers to these New Christians a lot of reasons for his conversion, in order to achieve their sincere conversion, not an apparent one. This catechism is known by the edition made in Valencia 1568, which has been now fortunately rediscovered.

Key words: Pedro Ramiro, moriscos, *Doctrina Cristiana*, conversion.